

---

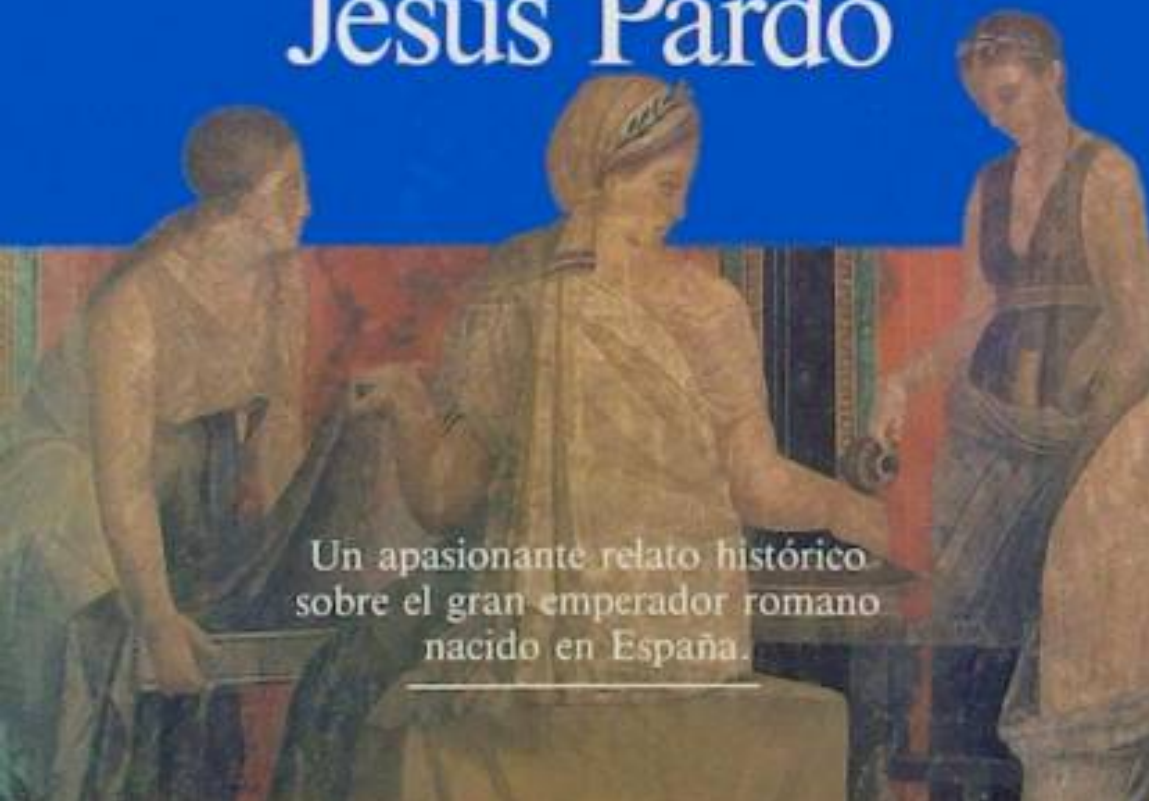
MEMORIA de la HISTORIA

---

# Yo, TRAJANO



Jesús Pardo

A horizontal strip of a fresco depicting three figures in Roman attire. On the left, a man in a dark tunic sits at a table. In the center, a woman in a light-colored, patterned dress and headscarf stands. On the right, another man in a dark tunic stands. The background is a simple architectural setting.

Un apasionante relato histórico  
sobre el gran emperador romano  
nacido en España.

---

Esta obra —explica el autor— es producto de una larga obsesión: la figura del emperador Trajano me ha acompañado durante toda mi vida adulta y siempre he tenido el deseo de escribir una biografía de Trajano hecha con rigor científico y amenidad. Ante todo he querido ahondar en la psicología del hombre antiguo, eliminando de su mente y de sus actitudes y actos todo cuanto no era posible que pensase o hiciese, y esto únicamente puede hacerse leyendo muy atentamente a los escritores latinos.

AD ROMANORUM CIVIUM, XAVIERIS ARCIS ET ENMANUELIS BENDALAE, CONSIDERATIONEM, HUNC LIBRUM MIITO. ITIREM, AB HYPERBOREO GUALTERIO TRILLMICHIO APPELLATO, EJUS BENEVOLUM JUDITIUM PETO. CUM AMICITIA INVETERATA ET GRATO ANIMO

*Extemae gentes, quibus tuto ignosci potuit, conservare quam excidere malui.*

*(Preferí dejar vivir a las gentes extranjeras a las que era posible perdonar sin peligro, en lugar de exterminarlas).*

Augusto, Res Gestae, 3, 2

*Io dico di Traiano imperatore:  
ed una vedovella gli era al freno  
di lagrime atteggiata e di dolore.*

*Dintorno a lui pareva calcato e pieno  
di cavalieri: e Paquile dell'oro  
sovr'esso in vista al vento si muove.*

*La miserella infra tutti costoro  
pareva dir:*

*Signor, fammi vendetta  
del mió figiuol, ch'è morto;  
ond'io m'accoro.*

*Ed egli a lei rispondere:*

*Ora aspetta tanto,  
ch'io torni.*

*Ed ella:*

*Signor mio,  
come persona, in cui dolor  
s'affretta,*

*se tu non torni?*

*Ed ei:*

*Chi fia dov'io  
la ti farà.*

*Ed ella:*

*L'altrui bene  
a te che fia, se'l tuo metti in  
obblio?*

*Ond'elli:*

*Or ti conforta, che conviene,*

*ch'io solva il mió dovere anzi  
ch'io muova:  
giustizia il vuole, e pietá mi ritie-  
ne.*

Dante, «Del Purgatorio», 76-93

## PRIMERA PARTE

### Los elefantes de Hannibal

*Frunció el káiser el ceño y miró,  
adusto, al prisionero.*

Leónidas Andriéiev,  
El káiser y el prisionero

Poco antes de las calendas de julio del año 871 de la fundación de Roma, considerables fuerzas romanas estaban atascadas en torno a los muros de Hatra, ciudad pequeña y pobre, pero importante nudo caravanero, centro vital de comunicaciones en el sur de la Mesopotamia romana.

El calor, la sed, el desierto ardiente, las tormentas súbitas, las moscas innumerables, se unían a los contraataques de los sitiados, que llegaron a poner en peligro la vida del emperador, cuyo arrojo, con frecuencia excesivo e innecesario, hizo pensar más de una vez a su jefe de estado mayor, Avidio Nigrino, que estuviese tratando de morir allí.

Trajano, sobre todo con sus columnas de caballería mauritana, lanzaba ataque tras ataque, descargaba andanadas de grandes pedruscos contra los muros de Hatra, que seguían en pie, riéndose de sus esfuerzos.

El emperador se volvía intratable. Sus generales se mantenían a distancia, porque la camaradería comilitona que Trajano había fomentado siempre en torno a él hacía violento su trato cuando se sentía irascible. A un general, a

quien había llegado a insultar, Trajano fue a visitarle a su tienda al día siguiente: puso en sus manos su propia espada, so pretexto de mostrarle una mella que tenía en el filo; estuvo así inerme, frente a él hasta que el otro se la devolvió con una sonrisa.

Nada de esto cambiaba las verdaderas circunstancias: después de anexionar tres provincias al imperio, después de aniquilar por primera vez en la historia el terco reino parto, todo el Oriente romano se había levantado en armas, y un general romano, Appio Máximo Santra, quedaba desbaratado y muerto.

Todo el mundo pensó en Carras al oír la noticia: la batalla que había costado a Roma sus esperanzas de llegar al Tigris, y Trajano temió un momento por su ruta de regreso a Antioquía.

El calor oprimía como una capa de plomo, caía sobre la tierra a modo de rayos invisibles, tangibles casi, que difuminaban las figuras pesadamente ágiles de los soldados romanos, daban al ruido de las voces, a las descargas de las máquinas de sitio, un tono sordo y abrumador, como si el sonido hubiera de aplanarse, escurrirse bajo el impacto de un trueno mudo.

En aquel desierto, ruidos y movimientos parecían proyectados en cámara lenta, prolongándose aquéllos al tiempo que se frenaban éstos; las imágenes temblaban a veces pausadamente en el aire, agitadas por el calor a contrapelo de todas las fuerzas de gravedad imaginables, como si el tiempo aminorase de pronto su ritmo, o como cuando las nubes parecen objetos sólidos que vacilan un momento antes de caer por tierra.

El cielo, inmutable como un mar cogido en una caja transparente que no le permitiese cambio, hacía pensar a los soldados romanos en un techo firme y sólido: un verdadero firmamento puesto allí para oprimirlos sin atisbo de libertad alguno, quizá hasta para caérseles encima en cualquier momento. Los que levantaban la vista, restañándose



la frente reseca, pues el agua, escasa, no les llegaba a los poros, la volvían a bajar apresuradamente diciéndose que aquella extensión implacablemente azul era tan impenetrable y hostil como los muros grisparduscos de Hatra.

¿Cuándo habían visto lluvia por última vez? Nadie lo recordaba: en Siria, quizá, o a orillas del Éufrates, viejo y sabio río cuyas aguas les decían:

«No me crucéis, porque olvidaréis los nombres de vuestras mujeres y de vuestros hijos».

¿Cuándo habían visto un árbol por última vez? Eso sí que lo recordaban: a orillas de algún río, en las fincas desiertas de los nobles partos, junto a los caminos que conducían a ciudades que los partos abandonaban al invasor.

Los recuerdos de paisajes húmedos y verdes se difuminaban ahora como espejismos en la mente de los soldados galos, hispánicos, pannonios, británicos; en la de los oficiales italianos se formaban ya conatos de protesta que las nubes de moscas apagaban antes que el respeto al emperador, sumiéndolos en frenética lucha perdida de antemano.

—Son como los partos —se decían soldados y oficiales—: llegan en enjambres constantemente reforzados, interminables, y desaparecen en regiones tan lejanas que ni soñar podemos con perseguirlas.

Las moscas cubrían de llagas el rostro de los vivos, infectaban las heridas, enterraban efímeramente bajo sus masas compactas los cuerpos de los caídos, contaminaban los alimentos, hacían peligrosa el agua.

Los cadáveres, hasta que eran enterrados, sumían en el desánimo a los veteranos más avezados al espectáculo de la muerte, pues quedaban como protegidos por ondas de fuego invisible, se resecaban en poquísimo tiempo, momificados para la eternidad, aviso inmutable de la necesidad de querer turbar el orden centenario que imponía el Éufrates como frontera entre los dos imperios. Una frontera permeable al intercambio constante de hombres, bestias, mercan-

cías, y cuya desaparición turbaba gravemente todo el comercio judío entre partos y romanos.

Esto ni Trajano lo había tenido en cuenta ni los que lo vieron lo consideraron importante hasta que empezaron a oírse malas noticias. «Las lanzas —decían éstos— horadan denarios, pero los denarios se mellan contra las lanzas».

Ahora empezaba a ocurrir precisamente lo contrario: lanzas contra denarios, y a punto habían estado de ganar éstos.

Trajano se reconcomía: judíos, árabes y griegos estaban contra él. Alguna vez había llegado a decirse, en aquellos meses últimos, que sería mejor morir allí y dejar la guerra parta en manos de alguien de toda su confianza. Se repetía el oráculo de Zeus Kasio, consultado por él en Antioquía al principio de la guerra; le había anunciado, en términos poco equívocos, su muerte en el campo de batalla.

Él quería permanecer, por lo menos, en la memoria de sus soldados; morir paralizado ante un obstáculo salvable le parecía pésimo agüero. Prefería interpretar el oráculo según sus propios intereses.

«El hombre, después de todo —se decía—, puede más que dios, porque puede matarse, y dios no. Antes de desaparecer tengo que volver esta guerra a su estado anterior de victoria total. Todas mis guerras son justas, porque tienen el acuerdo de los dioses; el delito de los partos es patente: poseen tierras que necesitamos nosotros para defender nuestras fronteras».

Él ya había hecho la paz en Partia a través de su padre, general triunfador cuyo espíritu había heredado.

«Con esa paz —se decía— mostré mi buena disposición; ahora son ellos los que tienen que aceptarla, de grado o por fuerza».

Judíos, árabes y griegos: ningún general que se precie se enfrenta al tiempo con todos sus enemigos, sobre todo si no tienen por qué serlo. Él había tratado bien a los ju-

díos, y era filoheleno. En cuanto a los árabes... aceptaba su derecho a vivir en paz bajo el dominio romano.

La noticia de la rebelión general en su retaguardia le llegó en la cumbre de su gloria, cuando descendía por el Tigris en una galera suntuosa, a la cabeza de una flota de cincuenta barcos nuevos, haciendo frente, incólume, a tempestades, proa al mar parto, el primer romano que lo surcaba al frente de tropas victoriosas, y paró en seco la interminable cadena de parabienes, como también sus proyectos de seguir la ofensiva hasta el corazón mismo de Irán, hasta el Indus, abriendo así el camino de la India.

Los incitadores de la rebelión habían sido los judíos de Mesopotamia y Asiría, muy numerosos e influyentes, afincados allí desde tiempos bíblicos, resentidos por la intrusa fiscalidad romana, mucho más dura que la parta, flexible y vieja amiga suya. Los impuestos romanos les recordaron la destrucción del templo de Jerusalén, la dispersión de la población judía palestina bajo las lanzas romanas. Y Trajano era un nuevo Alejandro de Macedonia, defensor del helenuismo odiado: la gloria de la integridad física contra la circuncisión. La destrucción del reino parto les dio ánimos de un próximo triunfo mesiánico.

Los agentes partos fomentaban todo esto, mientras los judíos de las viejas provincias romanas orientales se sumaban con entusiasmo a sus correligionarios extralimítanos, y griegos y árabes se veían cogidos en una ola antirromana de la que no tenían más culpa que la del cómplice pasivo. Armenia se levantó entera, y también numerosos pueblos y tribus recién dominados por las armas romanas.

La revuelta prendió, sobre todo, en Egipto, donde los campesinos coptos llevaban tres años mostrándose inquietos. Cundió en Chipre, en Cirenaica, en Palestina. Hubo matanzas terribles. Egipto entero acabó liberándose de la tutela romana, exterminando a cuantos romanos y griegos no supieron refugiarse en Alejandría, la única ciudad que resistió.

Balance: tres provincias perdidas dentro del imperio y otras tres fuera. Y los partos lanzaron una contraofensiva.

El talento militar y la fortuna de Trajano estuvieron a la altura de la crisis, reparando en parte su maltrecho prestigio: Armenia y Asiría, vencidas, pero diezmadas; Mesopotamia, vencida pero horadada por la pústula de Hatra; y el rey vasallo que hubo que instalar en Partia, prácticamente situado en Ctesifronte. Todo prendido con alfileres, todo insumiso. El avance romano hasta la India tendría que esperar. Parecía cómico: para llegar a la India había que pasar por Hatra.

La involución, tanto militar como política, era intolerable. Trajano se decía que todo aquello tenía que ser provisional: los reyes vasallos están para ser suprimidos de un plumazo, los tratados de paz son mera suspensión de hostilidades: el armisticio es silencio, no mudez de armas. Pero una voz interior le decía:

«Fuiste demasiado rápido, Partia no es Dacia».

A Avidio Nigrino, el núcleo parto de aquel vasto reino le recordaba el núcleo latino del imperio romano: la misma cohesión, la misma impenetrabilidad pedernalina: ni Haníbal había podido con éste, ni ellos podían con aquél.

Nigrino no le dijo esto a Trajano, para quien el mundo entero era conquistable con sólo que los dioses le diesen vida. Incluso ahora, enfermo, había decidido ir personalmente a debelar a los rebeldes de Hatra, unciendo así su prestigio personal a una picadura de mosca.

Y se reconcomía, enfermo e irritado, contra aquellos tercos muros.

«Antes —pensaba— nuestro avance era de provincia a provincia; ahora ni siquiera de casa en casa».

Trajano sentía algo ominoso palparle en la cabeza, en las venas. Veía con intensa nostalgia sus cuatro años de guerra victoriosa; se decía que había hecho lo que ningún romano.

Cinco legiones, y columna tras columna de auxiliares, sobre todo los jinetes mauritanos de Lusio Quieto, habían encerrado a toda Armenia en una tenaza implacable. Y el primer gran cuadro de su victoria: el rey armenio Parthamasiris, arrodillado ante él, la diadema real en el suelo. Y él, impasible, en lugar de recogerla y ponérsela en la frente.

Parthamasiris volvió a su carroza con la frente desnuda, y vio con espanto que en lugar de sus guardias armenios, le esperaba una fuerte escolta romana. Trajano llamó a Critón, el médico de los pretorianos.

—Para que la emoción no le agite —le dijo—, sángrale abundantemente.

Parthamasiris, solícitamente sangrado por Critón, no salió vivo de su carroza, mientras los legionarios aclamaban a Trajano por tan serena victoria.

Lusio Quieto, verdadero rayo de la guerra, siempre abriendo el camino a las legiones, cuya estrategia perfecta impresionaba a romanos y partos por igual, se movía con fulgurante rapidez, avanzando en varias columnas envolventes a lo ancho de un vasto espacio desconocido.

Los partos eludían los ataques romanos: su rey, Cosroes, dejaba a sus gobernadores que se defendieran con fuerzas insuficientes y bisoñas. Así pudo Trajano añadir otras dos provincias al imperio: Mesopotamia y Asiría, y cruzar el Tigris. Los soldados se disputaban el honor de ser los primeros, y fueron los mauritanos de Lusio Quieto quienes, en espectacular chapuzón, se adelantaron a todos, mientras los lanchones de los legionarios los seguían renqueantes como pencos viejos.

En cuanto los mauritanos tocaron la otra orilla, se abrieron en abanico con largos gritos guturales; formaron una cabeza de puente impenetrable, en la que entró Trajano a la cabeza de los pretorianos. Abrazó a Lusio Quieto ante sus generales, que veían con recelo a aquel bárbaro, tan afortunado como Escipión, tan fuerte como Mudo Escévo-la.

Al año siguiente, ya con el título de Óptimo Príncipe, concedido por el senado, Trajano maravilló a todos por la rapidez con que se ponía a la cabeza de distintas columnas, vigilando, a pesar de su edad, todos los frentes al tiempo.

—Nos das ejemplo, como siempre —le dijo Lusio Quieto.

Y él contestó:

—No, soy yo quien sigue el tuyo.

Y ambos se abrazaron ante los soldados, que los aclamaban golpeando los escudos.

En el tercer año de la guerra, Trajano dividió su ejército en dos columnas: una, siguiendo la ruta de Alejandro; la otra, la de los diez mil de Tucídides. Y el avance, como siempre, sorprendió a todos por su precisión impecable y su minuciosa preparación logística.

Comenzó a notar seria resistencia: los arqueros partos dificultaban el paso de los ríos, y él, entonces, decía:

—Mis mauritanos no conocen la palabra «imposible».

Los lanzaba río a través, flanqueados por barcazas de legionarios, y sus caballos eran siempre los primeros en tocar tierra y dispersar al enemigo con un desprecio a la vida que a todos turbaba.

—Esto no es valor —comentó un centurión—; vencen porque no saben hacer otra cosa.

Trajano comprendió la frase: el romano, al vencer, toma una decisión, opta por la victoria; los mauritanos, en cambio, actuaban sin conciencia racional de que hubiera otra posibilidad. Los bárbaros, quería decir el centurión, son bárbaros hasta en la victoria.

Lusio Quieto era un bárbaro: sí, muy bien, pero sacaba a los otros de apuros que, sin él, podrían ser graves.

—¡Si llega a estar Quieto en Carras!, comentó una vez Trajano, y los que le oían prefirieron no comentar.

Lusio Quieto, alto y nervudo, rostro de ave de presa, el poco pelo negro crespo y corto, ojos tan agudos como su nariz y su barbilla, e igual de oscuros, pronto siempre a son-

reír con sorna, siempre distante y receloso con los demás generales, rió mucho al oír esto.

¡Las cúpulas de Ctesifonte, la capital de los partos, en el horizonte!

Trajano detuvo sus pensamientos, recordando por un instante la visión funesta de las grandes llamaradas que surgían de la tierra, y que sus generales miraban con inquietud, aunque supieran de su existencia. Verlas era muy distinto: altísimas, misteriosas llamaradas, evidentemente escapadas del infierno.

Trajano dio orden de no consultar a los dioses: el romano interpreta a los dioses según sus propias luces, se responsabiliza ante ellos de su interpretación.

En plena noche, aquellas llamas, impacientes por llegar al cielo, parecían más funestas aún. Y él se volvió a sus tropas:

—¡Es Marte quien nos las manda, para iluminarnos el camino!

Se bajó del caballo, se subió a uno de los carromatos, encaramándose a lo más alto de su cargamento para otear desde allí el horizonte, negro a pesar de las altas llamas.

—¡Desde aquí veo las torres de Ctesifonte! —gritó—. ¡Y veo a Cosroes huyendo! ¡A por él, como cogisteis a Decébalos!

Un silencio breve, seguido de carcajadas y aclamaciones, y el ejército romano siguió su avance, ahora entre columnas de fuego, que, según les dijeron luego, a algunos soldados judíos les habían recordado las que guiaron a sus antepasados a la tierra prometida.

—Mi tierra prometida —comentó él, oyendo esto— es la India.

Trajano estaba siempre a la cabeza. Su figura alta y reacia, nada pesadota a pesar de sus años, iba de grupo en grupo. Su cabeza blanquísima sobresalía entre los cascos; blanco anhelado del enemigo, aquella cabeza estaba protegida por los escudos de sus germanos y por la atención